

## CAPITULO CLXXIII.

Incorporación de Portugal á España.—El prior de Crato.—Causas que impidieron la conservación de aquel reino.

**D**IFERENTE de todas las demás guerras emprendidas por Felipe II fué esta de Portugal, tanto por la causa que la determinó, como por los resultados que produjo.

Hemos visto al hijo de Carlos I pelear en Flandes; pelear con Francia, con Inglaterra, con Turquía, impulsado más ó ménos directa y exclusivamente por el principio religioso y por la intolerancia de su carácter, pero únicamente la guerra de Portugal careció por completo de esta circunstancia.

La lucha contra los rebeldes flamencos terminó por la emancipación de una parte de éstos; las contiendas con Francia, por la paz de Vervins, relativamente desventajosa; las empresas contra Inglaterra no tuvieron éxito satisfactorio, y finalmente, ni Lepanto ni las demás victorias sobre el turco dieron los resultados que de ellas había derecho á esperar. La guerra de Portugal, por el contrario, terminó en un breve plazo por la anexión á España de un Estado que jamás debió haber dejado de formar parte de ella, consiguiéndose esto sin notable oposición por parte de los portugueses. Verdad es que la justicia y el derecho asistían esta vez, como pocas, á Felipe II.

La catástrofe de Alcazarquivir, en que pereció el rey D. Sebastián con todo su ejército, en el que figuraba lo mejor de la nobleza de su reino, hizo pasar el cetro portugués á las manos del anciano y achacoso cardenal D. Enrique, poco apto para el gobierno, inhábil por su estado, é impotente por sus años y por sus achaques para tener sucesión, circunstancias todas que, haciendo presentar una próxima vacante del trono, obligaron á cuantos creían tener derecho á ocuparle, á empezar las gestiones necesarias para el mejor suceso de sus deseos y planes.

Tres partidos principales se disputaban tan rica presa, á saber: el de Felipe II, descendiente directo por línea femenina de D. Manuel de Portugal; el de D. Antonio, prior de Crato, el más inmediato vástago de la familia reinante, pero inhábil para empuñar el cetro por su calidad de bastardo, y el de la duquesa de Braganza, cuyas pretensiones apoyaba el mismo cardenal-soberano D. Enrique. Hubo también algunos que, llevados de su aversión al Monarca español, cuyo derecho era el más fundado y mejor de todos, tuvieron la extravagante idea de pedir dispensa para que aquél contrajese matrimonio, á pesar de hallarse física y moralmente impedido; pero sus esfuerzos cerca del Pontífice se estrellaron ante la diplomacia y destreza del embajador español, que impidió la concesión de dicha dispensa.

En todo el curso de este asunto mostré Felipe II hábil, activo y enérgico como ninguno. «Verdad es, dice un historiador, que le allanaron mucho el camino, haciendo variar en gran parte el espíritu del pueblo portugués las mañosas gestiones del hábil diplomático D. Cristóbal de Mora, en términos, que cuando D. Enrique quiso robustecer los derechos de la de Braganza con dictámenes de los juriconsultos, hallóse con que los mismos letrados portugueses de más reputación y fama habían escrito en favor del rey de Castilla, y que los hidalgos y nobles de más cuenta estaban ya también ganados por el de Mora.

«Con esto y con las enérgicas manifestaciones y misivas de Felipe á la Cámara de Lisboa, y con las vigorosas protestas que en su nombre hizo el duque de Osuna, al propio tiempo que se apercebía en Castilla la gente de guerra para el caso de tener que apelar á las armas, es lo cierto que el mismo D. Enrique, después de los muchos giros que se intentó dar á la cuestión, todo á fin de estorbar la reunión de Portugal y Castilla, hubo de declarar en las Cortes de Almeirim que el rey Católico era el que tenía el mas legítimo y preferente derecho á sucederle en el trono de Portugal.»

A esta declaración se adhirió la mayor parte de los individuos de la nobleza y del clero, disintiendo de ella el brazo popular que, deseando un monarca portugués y no extranjero, dióse á registrar las escrituras de los archivos con el infructuoso empeño de hallar datos y razones que probasen que la corona debía ser electiva.

En tal estado las cosas, muere D. Enrique; reclama el reconocimiento de sus derechos Felipe II; intentan dar largas al asunto los gobernadores del reino, y mal avenido con sus demoras el Monarca español, al mismo tiempo que prepara los ánimos de los portugueses por medio de las gestiones del duque de Osuna, encarga al de Alba y se ocupa él mismo de la formación de un ejército en en Extremadura.

Imposible presentábase toda tentativa de resistencia. «Y sin embargo, el revoltoso prior de Crato, ese pretendiente audaz que, por haberse valido del perjurio para probar una legitimidad que no tenía, había sido desterrado por D. Enrique y privado de todos sus honores, como traidor á la patria; el prior de Crato, que se había acogido al amparo del rey de España y procurado entretejerle con fingidas sumisiones; el prior de Crato que por ser portugués y arrojado gozaba de gran popularidad entre la menuda plebe; que con los frailes y el clero inferior, ayudado de estos eclesiásticos que así gritaban en los pulpitos á la muchedumbre, como la concitaban en las plazas, fue el que tuvo el atrevimiento de querer resistir al Monarca español, haciéndose proclamar él mismo rey de Portugal por la plebe en Santarén, y consagrar con

toda ceremonia por el obispo de la Guardia. Entra luego en Lisboa, levanta gente, intenta prender á los gobernadores en Setúbal, y se prepara á hacer frente al rey de Castilla (1).»

Pero salió vano su intento. Los soldados del duque de Alba y los marinos del marqués de Santa Cruz le arrojan de Portugal, someten á sus partidarios, y Felipe II es reconocido y jurado rey en las Cortes de Tomar.

Las diversas tentativas que el rebelde prior hizo posteriormente no tuvieron mejor éxito que la primera, á pesar de secundarlas Francia é Inglaterra, y la unión de ambos países se hubiera consolidado si el comportamiento de Felipe II y sus sucesores hubiera sido para los portugueses bastante cuerdo para hacerles olvidar que la fuerza había tenido parte en aquella obra de unidad que ya los Reyes Católicos intentaron llevar á cabo.

Grandes fueron las ventajas que la nación española hubo de reportar con la anexión de la corona portuguesa, puesto que á ésta pertenecían aquellas pingües posesiones de África, de América y de Indias, que de un modo tan extraordinario ensanchaban los horizontes de nuestro comercio en aquellas tan apartadas regiones.

Sin embargo, este ensanche, por decirlo así, de posesiones, esta dilatación de dominios que parece natural que hubiera contribuido á dar mayor fuerza y robustez á España, por el contrario la debilitaba enredándola en nuevas complicaciones sobre las que ya de por sí tenía.

De aquellas colonias portuguesas, unas se veían agitadas por las sublevaciones promovidas por los mismos indígenas, y otras tenían que rechazar los ataques de los holandeses ó bien de los ingleses, pues como quiera que España estaba en guerra con Francia y con Inglaterra y en los Países Bajos se peleaba también, cada una de estas naciones dirigía sus escuadras á atacar los puntos que creía más débiles en aquella inmensa línea de posesiones, siguiéndose de aquí que España no tuviera otro remedio que mantener fuerzas muy superiores en aquellos mares, y á pesar de esto, como que la línea era tan extensa, quedaba siempre en ella algún punto vulnerable por donde poder ofendernos.

Así es que, considerándolo con la escrupulosidad y la imparcialidad que hacerlo debe el historiador, fuerza es confesar que si importancia tuvo esta conquista, más que todo la tuvo por haberse realizado con ella aquella unidad nacional á que venía tendiéndose desde mucho tiempo antes.

Porque Portugal era una parte integrante de la Península ibérica, parte que se segregó de ella por satisfacer á la hija de un monarca, así como por la hija de otro también volvió á entrar en la monarquía de donde nunca debiera haber salido.

Felipe II fué quien, entre todos sus antecesores, pudo apellidarse verdaderamente rey de España.

¿Y de qué modo supo serlo? ¿De qué modo supo conservar aquellos vastos dominios heredados los unos y anexionado el otro?

La respuesta se encuentra en cuanto llevamos expuesto en el cuerpo de nuestra historia y en el resumen que vamos haciendo de este reinado. Felipe, que no había sabido, ya que no ensanchar, sostener incólume la herencia de su padre, ménos podía saber conservar lo que la casualidad trajo á su poder, casualidad que tuvo que hacer valer por medio de las armas.

En vez de la política de atracción siguió otra de represión, y á pesar de cuantas mercedes hizo, á pesar de haber ganado á muchos por medio de las dádivas, á pesar de haber conseguido vencer siempre al famoso prior de Crato, y á pesar, finalmente, de haber descubierto á tiempo la farsa del pastelero de Madrigal, con su carácter frío y antipático, con su poco afán por moverse de la metrópoli de sus Estados, con sus recelos y su suspicacia dejó sembrados los gérmenes que habían de fructificar en el reinado de su nieto, acarreado la pérdida de aquella parte de nuestro territorio.

A haberse podido realizar aquella reincorporación tal y como con su claro talento lo entendieron é intentaron los Reyes Católicos otra cosa hubiese sido, pues la unión por medio del enlace ni mortifica ni establece la rivalidad que siempre subsiste cuando hay vencidos y vencedores.

Mucho podía haberse hecho sin embargo, por medio de una política previsora y prudente. Había necesidad de armonizar esos encontrados sentimientos que siempre subsisten entre los pueblos que dominan y los que son dominados, y procurando ganarse las voluntades é identificando á los portugueses con los castellanos para convertirlos á todos en españoles únicamente. Felipe II había marcado el camino que habían de seguir sus sucesores, y tanto él como éstos habrían hecho de aquella conquista una posesión segura y perpetua.

Pero no lo hicieron así. Oprimieron y vejaron á los portugueses en vez de halagarlos para atraerlos, y aquellos hombres independientes y altivos no pensaron sino en sacudir el yugo de España, y la anexión de Portugal y Castilla, que hubiera podido ser duradera y estable, no se pudo mantener sino por dos reinados incompletos.

(1) Lafuente, *Historia general de España*, p. III, lib. II.



J. SERRA, Lit.

Lit. VIDAL, OImo 27.

FELIPE III.



## CAPITULO CLXXIV.

Principio del reinado de Felipe III.—Su ineptitud.—El marques de Denia.—Casamiento de Felipe con Margarita de Austria.

No era por cierto Felipe III el monarca que podía suceder dignamente á Felipe II, pues sin poseer ninguna de las cualidades de su padre ni de su abuelo, se encontraba con una nacion empobrecida y despoblada, y su ineptitud y su abandono iban á hacer más profunda la sima que su antecesor abriera con su política y su administración.

Poco tiempo ántes de morir, Felipe II había dicho á D. Cristóbal de Mora, marqués de Castel-Rodrigo, ocupándose de su hijo: «Ay! D. Cristóbal, que me temo que le han de gobernar. Dios, que me ha concedido tantos Estados, me niega un hijo capaz de gobernarlos.» Y efectivamente esta confesion de su propio padre, este vaticinio tan desconsolador, se vió realizado en todas sus partes.

Felipe III podía ser en buen hora virtuoso hasta el extremo de merecer el título de *Piadoso*, mas esto no es suficiente para constituir un buen monarca.

Todo lo que su padre tuvo de reservado, de frío, de severo y de inflexible, tenía el hijo de afectuoso, de franco y de benigno, pero no tenía el talento que hace dar discreta aplicación á estas cualidades, ni la firmeza de carácter que infunde respeto y da prestigio á la autoridad, ni la capacidad necesaria para comprender lo que verdaderamente exigía el gobierno de sus Estados.

Veintiun años escasos tenía, cuando por el fallecimiento de su padre comenzó á regir la dilatada monarquía española, y á pesar de los prudentes consejos que aquél le diera ántes de morir, á pesar de que desde la pubertad había ocupado por disposición de su padre la presidencia del Consejo de Estado, á fin de que se acostumbrase al despacho de los negocios públicos, olvidó los unos tan luego como la corona, y abandonó los otros por completo en poder de D. Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, su favorito.

Con razon dice un historiador contemporáneo que «de la laboriosidad infatigable de Felipe II á la inercia y flojedad de Felipe III, de un monarca que atendía prolija y minuciosamente á todo y lo despachaba todo por sí mismo, y trabajaba él solo más que todos sus consejeros y secretarios, á un rey que por desembarazarse de las molestias del gobierno, comenzaba traspasando á otro su autoridad, parecía que había mediado un siglo.»

El contraste no podía ser más marcado, y con doble motivo por sucederse con tanta rapidez. Felipe II había sido rey hasta exhalar su postrer suspiro; Felipe III dejó de serlo tan luego como hubo subido al trono.

La órden que dió á todos los consejos y tribunales para que en todo y por todo obedecieran al Marqués en cuanto en su nombre les ordenase, prueba perfectamente la renuncia que hacía en su favorito de todas sus atribuciones.

Uno de los más caracterizados cronistas de este reinado afirma que, además de lo expuesto, autorizó Felipe al Marqués para que pudiese recibir los presentes que le hicieran (1), y siendo esto así, no podemos menos de deplorar aquella corrupcion consentida por la misma majestad, corrupcion que nos resistimos á creer, á pesar de que quien se despoja de la dignidad real oficiando á las autoridades para que obedezcan y acaten las disposiciones de su ministro, bien podía tambien autorizarle para la indecorosa granjería que de todos los cargos públicos estuvo haciéndose desde entonces.

De los primeros actos del nuevo Monarca fué el de más bullo el nombramiento hecho en la persona de D. Cristóbal de Mora para el vireynato de Portugal, al objeto de separar de la corte al recto y severo confidente de Felipe II, procediendo despues á nombrar nuevos consejeros de Estado en personas de la familia del Marqués ó de su amistad.

Natural era que esta inauguracion de un reinado fuese comentada con extraordinario disgusto, adivinándose por todas las clases de la sociedad que con principios de semejante género había de ser sumamente desastroso el fin.

El favorito de Felipe III estaba muy lejos de ser lo que debía el que aceptaba el grave compromiso del gobierno que la indolencia del Monarca arrojaba sobre sus hombros.

«Afectuoso, dulce y cortés en su trato, dice Lafuente, notado más de dádioso que de mezquino, no carecía de maña para seducir, y tuvo la suficiente hipocresía para granjearse la estimacion del estado eclesiástico, mostrándose aficionado á crear y dotar conventos, iglesias, ermitas y hospitales.»

«Pero estaba muy lejos de poseer ni el talento, ni la instrucción, ni la firmeza, ni la energía, ni menos el desinterés y la abnegacion ni el juicio y la inteligencia, y otras cualidades que necesitaba el que, como él, había echado sobre sus hombros la pesada carga de todo el gobierno, y más en las circunstancias críticas y azarosas en que se hallaba la monarquía, grande pero empobrecida y empeñada; extensa, pero herida en todas sus partes; dilatada, pero amenazada de ruina.»

Este juicio, acertadísimo en nuestra opinion, nos exime de decir más respecto al marqués de Denia, dejando á sus actos subsiguientes que corroboren cumplidamente aquella opinion.

En vez de disminuir los gastos de la real casa, aunque tan pre-

(1) Gil Gonzalez Dávila, *Vida y hechos del rey D. Felipe III.*

cario era el estado de la Hacienda, aumentó los oficios, y, como es consiguiente, los sueldos crecieron, haciendo necesarios nuevos empeños para satisfacerlos, formando esto lastimoso contraste con lo que el Rey manifestaba á los procuradores de las ciudades de Leon y Castilla en 27 de diciembre de 1598, sobre que el estado de la real Hacienda era completamente desesperado si no se le ponía remedio.

Los dos enlaces que Felipe II dejó concertados entre su hijo y la princesa Margarita de Austria, y el de su hija Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto, quedó acordado que se ratificasen en Valencia, pues ya se habían verificado los desposorios por mano del Pontífice en Ferrara en 13 de noviembre, para cuyo efecto el Rey, acompañado de su hermana y seguido de la corte, salió de Madrid el 21 de enero de 1599.

Antes de emprender este viaje había hecho Felipe III treinta y nueve gentiles-hombres, y en tres meses, dice un escritor, «había dado más hábitos de las tres Ordenes militares, que los que había dado su padre en diez años.»

Por donde quiera que pasaba el Monarca y su regia comitiva era festejado con una ostentacion que desdeñaba notablemente de la penuria por que atravesaba el país, y especialmente en Denia, su favorito, albergándole en su palacio, prodigándole los mayores obsequios, haciéndole que permaneciese algunos días en él en medio de festejos y diversiones.

Como quiera que harto sabido era que para obtener mercedes del Monarca llevaban mucho camino adelantado los que mayores dispendios hicieran en festejarle, el conde de Miranda, que, según los historiadores de aquel reinado, llevaba ya gastados de este modo más de ochenta mil ducados, pidió la presidencia del Consejo de Castilla, presidencia ocupada á la sazón por D. Rodrigo Vazquez de Arce, la cual le fué concedida.

Y para que fuese más marcado el desaire, para rebajarse más el Monarca, escribió á Rodrigo lo siguiente:

«El conde de Miranda me ha servido muy bien en esta jornada y en otras muchas ocasiones, de que estoy muy satisfecho: he puesto los ojos en él para darle el oficio que vos tenéis: mirad que color queréis se dé á vuestra salida que ese mismo se dará.»

Apénas puede concebirse tal muestra de desagradecimiento y de debilidad, y bien merecida tuvo la contestacion de Vazquez, quien le dijo: «Señor, muy bien es que V. M. premie los servicios de los grandes de Castilla, para que con esto los demas se animen á servirle: el color que mi salida ha de tener es haber dicho verdad, y servir á V. M. como tengo obligacion.»

«Digna respuesta, exclama un historiador, que hubiera abochornado á otro monarca de más dignidad que Felipe III,» pero éste, sin comprender la leccion que recibía, sin hacer alto en que se privaba de un leal, prudente y discreto servidor, sin querer aprender para lo sucesivo, habiendo ocurrido por entonces la muerte del docto D. García de Loaysa, arzobispo de Toledo y su antiguo preceptor, agració con la primera dignidad eclesiástica de España á D. Bernardo de Sandoval y Rojas, no porque fuese el más digno para ocupar tan elevado puesto, sino por ser fío de su favorito y querer éste servirle.

Por la enumeracion de las mercedes que en el brevísimo espacio que había transcurrido desde su elevacion al trono había concedido al de Denia, puede comprenderse la ceguedad de aquel Monarca y el triste porvenir que le esperaba á la nacion por él regida. Despues de haberle nombrado sumiller de Corps y caballero mayor, durante el viaje de Madrid á Valencia le concedió los señorios de distintas villas, dióle una escribanía en Sevilla que la vendió por ciento setenta y tres mil ducados; concedióle la encomienda mayor de Castilla con diez y seis mil ducados de renta; á su hijo, la de Calatrava con otra renta de diez mil; porque le dió noticia del arribo á Sevilla de la flota de Nueva España que trafa sumas de consideracion, le regaló cincuenta mil ducados, y finalmente, además de otras dádivas no menos importantes, al terminarse el viaje, agradecido á cuanto había hecho para complacerle, le hizo duque de Lerma.

Los festejos con que en Valencia se solemnizaron los dos matrimonios fueron tan varios, tan dilatados y sobre todo tan costosos, que excede á toda ponderacion.

El marqués de Denia, dicen los historiadores y confirman los relatos de aquel acontecimiento, que gastó más de trescientos mil ducados, además de las joyas de gran precio con que obsequió á la comitiva de la reina y del archiduque; el gasto del Monarca durante aquel viaje no bajó de novecientos cincuenta mil ducados, y el de los nobles señores de Castilla subió á la exorbitante suma de tres millones.

Semejante prodigalidad, tan colosal despilfarro cuando el Erario estaba exhausto y el pueblo sumido en la mayor miseria, y cuando el mismo Rey se quejaba á las Cortes de que no tenía con que atender á su persona, demuestra con harta elocuencia y más de lo que nosotros pudiéramos decir la incapacidad y la ineptitud, la falta de consideracion y de cordura, tanto del Monarca, cuanto de su privado.



CORTES CELEBRADAS EN BARCELONA POR FELIPE III.